



El Bolívarismo de AD en la Revolución de Octubre de 1945¹

SÓCRATES RAMÍREZ²
Universidad Simón Bolívar
socratesjramirez@usb.ve

RESUMEN

En este trabajo propongo un estudio sobre las manifestaciones del bolivarianismo de Acción Democrática durante la *Revolución de octubre de 1945* en Venezuela. El problema central de esta investigación supone un desarrollo desde dos aproximaciones: la primera, a través de la descripción del uso político que hizo AD de la Independencia y de la figura de Simón Bolívar; y la segunda, a partir de la explicación de cómo esas nuevas maneras de comprender y presentar tiempo y figura heroica tuvieron la intención de dotar a la izquierda democrática de un referente que la vinculara a la historia del país y permitiese, previa apropiación de los iconos, legitimar sus objetivos. Para los fines de este trabajo, la ilustración de ambos propósitos es posible al engranar la visión de AD sobre la historia de Venezuela, la narrativa pre-revolucionaria construida por el Partido sobre Simón Bolívar, su crítica al Bolívar de *la derecha*, y el matiz legitimador que en el orden político representaron tales posturas. Esta investigación supone el análisis de una forma de resignificar dentro del pensamiento político de un actor, Acción Democrática, con lo cual, los insumos textuales desde los cuales ha sido legado ese pensamiento se convierten en fuente indispensable para intentar comprenderlo.

PALABRAS CLAVE: Bolívarismo, Venezuela, Revolución de octubre de 1945, Acción Democrática, discurso político.

The bolivarianism of ad in the revolution of october 1945

ABSTRACT

In this work I propose an study on the manifestations of Bolivarianism of Acción Democrática during the Revolution of October 1945 in Venezuela. This subject is presented from two approach. Firstly, through the description of the political usage that AD made of the Independence and the figure of Simón Bolívar. And, secondly, based on the lecture of these new ways to understand and to present time and heroic figure, how AD had as its purposes to give to democratic left a referent linked to the history of the country and to legitimize its objectives from

¹ Este artículo fue terminado en mayo de 2017, entregado para su evaluación en julio y aprobado para su publicación en octubre del mismo año.

an historic perspective. Both purposes are illustrated by linking AD's vision of the history of Venezuela, the Simon Bolívar pre-revolutionary narrative constructed by the Party, AD's criticism of Bolívar on *the right*, and the legitimizing nuance, in the political order, represented these stances. This research supposes an analysis of AD's political thought, for this reason, textual supports that reveal its perspectives become an indispensable source to try to understand it.

KEY WORDS: Bolivarianism, Venezuela, Revolution of October 1945, Acción Democrática, political language.

1. LIMINARES

El bolivarianismo es un fenómeno político ineludible en la vida republicana de Venezuela. Todo el decurso histórico de la nación ha sido permeado por la impronta de Simón Bolívar a través de las muy diversas lecturas hechas en torno a su vida y obra. Tal situación ya había sido señalada por Luis Castro Leiva al referirse al bolivarianismo como *la filosofía político-moral venezolana*³. La expresión característica de esa filosofía política es la conversión del pensamiento de Bolívar –o con propiedad, de la forma contingente de pensar supensamiento– en el sentido de *toda aspiración político-moral transformadora*⁴, y a su vez en expresión inobjetable de variadas maneras de vivir cierto modo de ser criollo que genéricamente ha sido nominado como venezolanidad. Así, las lecturas del pensamiento bolivariano que se han hecho en diversos contextos representan para sus proponentes fuentes inspiradoras de la acción política.

La Revolución de octubre de 1945⁵ sumó nuevos elementos al uso político estatal de Simón Bolívar y la Independencia como las representaciones más genuinas de la nacionalidad a lo largo de la historia republicana andada. Una mirada a la expresión pública de *la Revolución* da cuenta cómo ese uso persigue la legitimación de lo actuado: las apreciaciones particulares del pensamiento de Bolívar, manifiestas bajo un aura de incontrovertible moralidad, se transformaron en fuente inspiradora de los propósitos y la conducción de una revolución⁶.

Sin embargo, el bolivarianismo de *la Revolución* no fue homogéneo, aunque buscó dársele tal sentido en la elaboración de un discurso político uniforme. Quien aspire comprender la naturaleza del bolivarianismo durante *la Revolución* estaría obligado a darle un tratamiento individual a los modos cómo cada actor político manifestó su pensamiento en torno al pasado y al presente, siempre bajo las claves de la manifestación de ese fenómeno. Lo mismo ocurrió durante el proceso con todos los oficios que requirieron un más hondo esfuerzo intelectual.

El problema intelectual que abordaré será el de las dimensiones y características adquiridas por el bolivarianismo en el discurso político de *la Revolución*, visto a través del actor que se encarga del contenido significativo del movimiento, Acción Democrática. El recurso que usaré para esa observación será el lenguaje político, dentro del cual haré un énfasis especial en el discurso de Rómulo Betancourt, al menos por dos razones de peso: porque lleva su impronta todo el tránsito ideológico y doctrinario de la izquierda democrática desde su gestación en los años treinta hasta su síntesis en AD; y porque su discurso durante *la Revolución*, además de corresponderse en buena medida con sus juicios pretéritos, representaba a los hombres de *la Revolución* y a la cara institucional que ella creó: la Junta Revolucionaria de Gobierno. Las características de este acercamiento obedecen fundamentalmente a criterios metodológicos, por lo cual, en una aproximación más menuda al problema podrían considerarse las similitudes y discrepancias entre el bolivarianismo de AD en *la Revolución* a través de las palabras de Betancourt y las expresadas por otros actores del Partido con actuaciones estelares en el decurso revolucionario.

2. LOS HOMBRES DE LA REVOLUCIÓN Y SU NUEVA LECTURA DE LA INDEPENDENCIA

2.1 Ya sea a través de apreciaciones que invitaban a la cautela frente a las dimensiones adquiridas por el culto épico inmediato, o a través de su lectura como un fenómeno sobre el que debía verterse una carga de criticismo dirigida a la denostación de los cultores y sus propósitos reales, hablar del bolivarianismo de *la Revolución* invita a ponderar lo andado al respecto en sus proximidades: por economía textual tan sólo alcanza el espacio para referir muy rápidamente algunos bordes del bolivarianismo de Eleazar López Contreras y su tiempo y los criterios que al respecto va construyendo la izquierda.

Durante el gobierno de López Contreras tuvo lugar la hasta entonces más profunda institucionalización del bolivarianismo⁷. El lenguaje político de López da cuenta de las constantes apelaciones a la historia nacional entendida al menos en tres variantes: *como gesta heroica*, *como origen de la nacionalidad* y *como fuente de inspiración para un presente continuador de esa obra*⁸. De esa historia rescatada en las palabras del presidente, Simón Bolívar era la figura más relevante y síntesis del enaltecimiento oficial, de ahí que para López el servicio prestado por aquella narrativa heroica resultaba una fuente propicia *para fundamentar cada acción del presente*⁹.

Las razones de tal necesidad son variadas. Parten de una suerte de misticismo personal del patrocinante que encontraba en Bolívar un nutri-mento inagotable de ejemplos y de virtudes admirables. En Bolívar tuvo López un muro de contención a las fuerzas que creía podían desatarse tras la muerte de Gómez, la muy temida barbarie que para él, gracias a la obra del Benemérito, había sido liquidada. Hacer de Bolívar el protagonista de un culto exacerbado e institucional tuvo por objeto remarcar la unidad nacional lograda y que ya se encontraba representada en ese y otros símbolos conexos, y al mismo tiempo, hacerlo artífice del propósito de *calma y cordura*, soldado entonces con más fuerza porque no únicamente él agitaba esa bandera sino también el padre de la nacionalidad¹⁰. Como expresa Pino Iturrieta, López cree encontrar el antídoto de sus tribulaciones en Simón Bolívar¹¹.

● Dos tribulaciones perturbaban la tranquilidad de López. La primera, el temor a que tuviesen lugar nuevas réplicas de rebeldía popular como las ocurridas a la muerte de Gómez. La segunda, la posibilidad de que logran abrirse espacio en el país las perniciosas *ideologías extranjeras*, el fascismo y el comunismo, distorsionando una tradición que a ojos de este custodio debía permanecer impoluta.

El rescate de Bolívar y la institucionalización de su culto como un asunto de interés nacional, fue la fórmula con la cual López intentó oponer a la peligrosidad de la expansión ideológica del fascismo y del comunismo una ideología nacional cuyo elemento vivificante y unificador era Simón Bolívar¹². Frente al peligro del devaneo por lo extranjero la República estaría asegurada en la alegoría y la celebración de la autoctonía.

El bolivarianismo también sirvió para concitar la unidad del Ejército Nacional a través de una vertiente técnica e ideológica. Con sus publicaciones López convirtió el pensamiento militar de Bolívar en un recurso pedagógico y en una especie de eslabón entre sus uniformados y el ejército libertador. El uso del pensamiento bolivariano dentro de los cuarteles tuvo como fin soldar su concepción de fiel heredero de las glorias y formas de aquel pasado épico. En el marco de la composición de un nuevo ejército profesional, tal como lo refiere Straka, López se sirvió del bolivarianismo para dotarlo de *una tradición*¹³. Esta intención también tuvo una proyección más general y fue la de hacer una nueva lectura del tiempo de la Independencia acercándola así al consumo público¹⁴. De bolivarianismo también se teñía la organización política electoral del régimen, las *Cívicas Bolivarianas*, convertidas en emblema de un pretendido culto verdadero¹⁵.

La correspondencia de las instituciones públicas y de las *Cívicas Bolivarianas* con la ideología nacional bolivariana intentaba remarcar un

doble sentido ético: el de la ideología propiamente dicha que por sus contornos resultaba incuestionable, y el de los artífices de la diseminación del discurso de unidad basado en Bolívar y su pasado épico. De ese modo, quien se ubicara al otro lado del culto tal como era promovido por el Estado, y quien denostara el papel de los promotores en la acción, terminaba siendo señalado como un comunista sedicioso, un instigador del desorden y de la desunión encarnada en los partidos, y un enemigo de la representación más sagrada de la patria¹⁶.

2.2 Rómulo Betancourt desde la izquierda en oposición hizo esa lectura¹⁷. Supo que, aunque no existía un señalamiento directo hacia ellos de promover un antibolivarianismo, la acusación de comunista que pesaba sobre él, sus compañeros y la organización política clandestina tenía implícita esa intención. Así, el bolivarianismo de López también cumplía una función política disuasiva y de compulsión pues obligaba al excesivo rigor de sus adversarios en el uso de los términos en los cuales planteaban la retórica de oposición.

Por ello es que en relación al bolivarianismo oficial la posición de Betancourt y de la organización de izquierda en la clandestinidad no fue atacar la ideología *per se* sino desnudar la intención de sus promotores. El propósito de Betancourt fue destejer aquella madeja formada por el culto patriótico, el Estado y su organización política, propagandística y electoral. Dejar claro que una cosa era culto que *merecían* Bolívar y los próceres y otra las intenciones políticas perseguidas en ese presente con un estímulo particular de tal culto.

En su primer exilio, cuando ya había un culto patente pero aún lejos de las dimensiones que adquirirá con López, Betancourt se enfrentó al problema de lo que Carrera Damas llama la polémica sobre la exposición de la verdadera personalidad histórica de Bolívar¹⁸. Lo hizo a través de la contraposición de una figura secuestrada por el culto, *el Bolívar verdadero*, y el resultante de esa apropiación, un Bolívar que servía de modelo manido a la tesis del gendarme necesario, huelga decir, *el Bolívar falsificado*, un heraldo de la dominación gomecista¹⁹.

También en estos momentos de definición ideológica tuvo lugar el inicio de una torcedura argumentativa en Betancourt que ya brindaba claros indicios de la intención por sumar a su proyecto la figura de Bolívar: me refiero al deseo de ir convirtiéndolo en un demócrata²⁰. No será precisamente en este momento sino durante *la Revolución* cuando tal sostenimiento llegue al paroxismo.

2.3 Durante *la Revolución*, y en correspondencia con la narrativa tradicional, Independencia y Bolívar permanecían fundidos en un solo fenómeno apreciativo²¹. En esta narrativa la Independencia representa la fundación de la nacionalidad venezolana y Bolívar el máximo exponente de la gesta, el fundador. Por ello, y sólo cuando deban hacerse algunas consideraciones distintivas, me referiré al fenómeno a través de la denominación *bolivarianismo*, con el que significaré el uso particular dado por *la Revolución* a estos dos elementos contentivos.

El bolivarianismo de *la Revolución* se inscribía en el proceso de apropiación de la figura de Bolívar y de la gesta independentista por parte de la izquierda política venezolana; ergo, en la lucha por arrebatarle a la *derecha* la figura de Bolívar. Este proceso entrañaba el esfuerzo por construir un Bolívar político desde el marxismo, dando continuidad al propósito de fundamentar ideológicamente en el bolivarianismo los proyectos políticos del siglo XX, específicamente, el proyecto democrático²².

Estos intentos de apropiación no fueron un esfuerzo puntual del tiempo revolucionario, pues ya venían ocurriendo desde el exilio estudiantil de finales de los años veinte, cuando los desterrados se encontraron con el marxismo usado inmediatamente como fuente científica de inspiración para el análisis sobre Venezuela. Esta primera actuación fue la de una izquierda más o menos confundida en lo que respecta a las diversas tendencias que inmediatamente se fueron dando en su seno²³. *La Revolución* respondió a una tendencia que había venido fraguándose desde la década de los treinta y cuyo empeño al respecto estuvo centrado en la construcción de una nueva valoración sobre Bolívar y la Independencia; es decir, de un nuevo bolivarianismo²⁴.

Los elementos fundamentales de aquel divorcio, al menos en el plano del discurso político, estuvieron centrados en la construcción de criterios que contrastaban la tesis del gendarme necesario de Vallenilla Lanz y de su ejemplificación velada en la figura de Bolívar²⁵.

Al tiempo que *la Revolución* fue consecuente con este objetivo trazado por la izquierda «unida» de los años treinta lo fue con su visión de otro problema resultante del deslinde ideológico de aquella, ocurrido al final de la década. Desde entonces, dentro de la izquierda se reconocían con claridad dos tendencias: la democrática nacionalista, que primero a través del Partido Democrático Nacional (PDN) y luego de Acción Democrática (AD) marcará el sentido ideológico de *la Revolución*; y la comunista propiamente dicha, nucleada en torno al Partido Comunista de Venezuela (PCV) que, según las críticas que originaron el deslinde, estaba obligada a la obediencia moscovita

y, consecuentemente, al servicio de un proyecto de gobierno internacional, de un nuevo imperialismo²⁶.

Las dos tendencias de izquierda se movían diferentemente en torno a un mismo objetivo: arrebatarse a la *derecha* la figura de Bolívar y convertirlo en un ícono suyo. Mientras la izquierda esencialmente comunista veía en la Independencia el inicio de una teleología que irremediamente derivaría en el socialismo, y a Bolívar como un precursor revolucionario; la izquierda democrática y nacionalista hizo de su interpretación de la Independencia igualmente una teleología que, revolución social mediante, conduciría a la instauración de una democracia liberal, donde también Bolívar aparecía como el precursor de su proyecto.

2.4 Otro aspecto a considerar es la posición de los actores políticos de *la Revolución*²⁷ en la construcción de su visión pública sobre el bolívarismo. Al caracterizar el bolívarismo de *la Revolución* me estoy refiriendo al derivado de su semántica pública, ergo, aquella que proviene del aporte histórico de AD para el momento y a la cual estaban unidos los militares al menos por ausencia de negación. Aunque es probable que en la significación particular que el Ejército hizo de *la Revolución* concurren ideas propias en torno a su bolívarismo, vistas como respuestas a lo sostenido por la otrora élite militar y también por su consabida oposición pública a AD desde 1948, al menos en este trabajo no me referiré a esta posibilidad.

En julio de 1975 Manuel Caballero ofrece una conferencia en la Escuela de Historia de la UCV en el marco de un coloquio sobre el tema «¿Quién fue y qué hizo Bolívar?» y que luego aparecerá publicada en su *Por qué no soy bolivariano. Una reflexión antipatriótica*, bajo el título «Bolívar en el siglo XX (El bolívarismo como ideología)». En el segundo apartado de este trabajo se dedica al Bolívar de los revolucionarios de octubre, o con propiedad, al Bolívar de AD durante *la Revolución*. Si bien esta intervención constituye un reconocimiento del problema, apunta apenas al boceto de las dimensiones que pudo adquirir gracias al estímulo de un actor aun cuando a este mismo se le atribuya la voz oficial de *la Revolución*.

Caballero señala que la denuncia por parte de Betancourt y AD de los propósitos intrínsecos al culto bolívariano durante el régimen de Gómez y el de sus herederos no implicó una autolimitación en el uso «cultor» que se le dio al mito Bolívar durante *la Revolución*; en efecto, se trata de un Bolívar revolucionario que aparece bajo una connotación *de reemplazo*, el Bolívar de una antigua oposición que tuvo éxito en una aventura revolucionaria.

Si bien Caballero diluye el culto bolivariano en el patrocinio de AD, distingue que habiéndose alzado con el poder *en hombros de la juventud militar* alguna influencia debió generar en *la Revolución* la tradición de los verde oliva como guardianes del culto bolivariano. Sin embargo, la posible relación de influencia militar en las manifestaciones del bolivarianismo de AD en el período no han de ser consideradas unilateralmente determinantes pues, como ya ha sido anunciado, desde las organizaciones ancestrales a AD, cuando ni remotamente se habían dibujado como una opción real de poder, existió una preocupación intelectual sobre cómo responder al bolivarianismo oficial. En todo caso, lo interesante de la influencia que propone Caballero es más bien la relación de competencia que pudo existir en el modelaje de dos cultos bolivarianos en un momento donde los actores políticos en el poder hacían grandes esfuerzos por resultar coherentes y homogéneos ante el país, de ahí su preocupación por soldar un discurso público unitario como ya se ha dicho.

Caballero también se detiene en las connotaciones de la dimensión épica que alcanza el problema en el discurso político. Se refiere con propiedad a la autodefinición de *esa* como una *generación predestinada* (concepción también compartida y competida con la juventud militar) obligada al deber de cumplir una misión histórica inaplazable que ellos denominaron como «la segunda Independencia».

Finalmente, Manuel Caballero destaca el uso de Bolívar por parte de *la Revolución* para legitimar su vocación continental, es decir, para soldar esa vocación en Bolívar. Para ello se vale de dos evidencias: la más remota apelación a esa continentalidad servirá para justificar el viejo coqueteo de los fundadores de AD con el comunismo y luego, en *la Revolución*, para colegir que siendo ella la que abre el paso a la *segunda Independencia*, sus hacedores, cual émulos del voluntarismo bolivariano, deben hacer de *segundos libertadores* también al modo de Bolívar, exportando el proyecto libertador a América, asumiendo que en su presente tal proyecto es la democracia. En términos de ayuda material y en el propósito de contribuir a la democratización del vecindario, esa intención respaldaba los actos de colaboración revolucionaria con la América timorata. Caballero destaca que bajo el influjo de un sentimentalismo político aquella labor podría nominarse como la creencia de un destino americano en Bolívar²⁸.

2.5 En el despliegue de un nuevo escenario simbólico el discurso bolivariano de Betancourt durante *la Revolución* fue el resultado de una hibridación de dos corrientes. En él convivían apelaciones a la lectura épica y

heroica de Bolívar y la Independencia junto a la aparición de observaciones críticas en torno a la comprensión histórica de aquel momento. En ocasiones estas acepciones intentaban distanciarse de la visión apologética legada del siglo XIX y exacerbada por el bolivarianismo de Gómez y López, aunque matizada por y para los círculos intelectuales gracias al positivismo²⁹.

La primera de estas manifestaciones refería al convencimiento de Betancourt sobre la necesidad de seguir tributando honores a los próceres de la Independencia, lo que constituía una suerte de validación del culto al recordar aquella historia como la obra magnífica del origen nacional. Los ejemplos son variados. Destacan sus palabras en la inauguración de la estatua de Simón Bolívar en Chapultepec, México, en el marco de la gira oficial que realizó por países centroamericanos en 1946. Ahí el presidente de la Junta manifestó creer en el imperativo histórico y humano de *exaltar* a los *héroes tutelares*, práctica de la cual los países latinoamericanos no podían escapar. De estas palabras es indispensable subrayar que con ellas Betancourt se pronunció a favor de la permanencia del culto, pero exigiendo una revalorización que terminara distanciándolo de la manida dimensión justificativa y legitimadora con la que había sido usado por Gómez y sus herederos³⁰.

Es probable que el fomento del culto a partir de la exaltación heroica del personaje y su momento se deba a dos razones: al orden de la conveniencia política y a cierta convicción. En torno a la conveniencia ya he destacado al inicio de este trabajo cómo desde finales de los años treinta Betancourt trató el tema del bolivarianismo oficial con cautela, no precisamente para estimular una connivencia con el Gobierno sino para evitar discrepancias con el modo cómo el culto había calado en la subjetividad popular venezolana; por ello en el tiempo revolucionario pareció no ser tan apropiado alejarse demasiado de los usos que al respecto ya eran corrientes. La llamada «cierta convicción» deja abierta una brecha por demostrar, y es que a pesar de la crítica que el mismo Betancourt hizo en torno a la naturaleza del bolivarianismo de *derecha*, en lo personal no pudo prescindir de la impronta de la historiografía apologética sobre la Independencia y Bolívar. Tómese en cuenta que apenas hacía un par de décadas en la que desde el discurso intelectual se asomaba una postura revisionista al respecto, primero desde el positivismo y luego desde el patrocinio marxista en su variante comunista-soviética, pero que al momento de *la Revolución* no había alcanzado las dimensiones de la producción más o menos diversa que en ese sentido aparece desde finales de la década de los cincuenta del siglo XX.

2.6 La crítica al culto esbozada por Betancourt tenía dos vertientes: la denostación del uso político que le daba la herencia gomecista, y la profundización de lo que en su criterio eran las bases para la escritura del *anti-Vallenilla*, finalmente no publicado, pero ampliamente delimitado en criterios. Aunque el bolivarianismo de López prescindió de la crítica de Vallenilla al tratamiento épico de la Independencia, privilegiando en su lugar los usos característicos de la historiografía del siglo XIX y rescatando precisamente esta última connotación como valor, en su discurso Betancourt ubicó en una misma línea ambos tratamientos, que para él se habían fundido en beneficio de la tesis del gendarme necesario. Así intentó reducir a la mentira el discurso de López y los juicios de Vallenilla:

La desaparición de la dictadura de Gómez, en 1935, no significó rectificación a fondo de sus prácticas y sistemas. El personalismo autocrático, la inmoralidad administrativa y el escamoteo a la Nación de su derecho inmanente e irrenunciable a darse sus propios gobernantes, continuaron campeando por sus fueros. El llamado “régimen bolivariano”, para escarnio de un hombre sagrado para los venezolanos, significó la pervivencia de lo fundamental del “gomecismo” hasta una década después de la muerte del dictador³¹.

La Revolución blandió como uno de sus objetivos fundamentales la demostración de las *posibilidades históricas de Venezuela*, expresado a través del discurso de Betancourt como la confianza en la realización positiva del futuro. Ese propósito se convirtió en la antítesis de la propuesta de Vallenilla. Así lo planteaba Betancourt:

... un sector importante de las minorías intelectuales ha venido sustentando tradicionalmente la tesis de que somos un pueblo inapto para las grandes funciones civilizadoras. [...] En sociología, la tesis de Vallenilla, la tesis de Arcaya, la tesis de la mayor parte de los escritores de la época, es negadora de nuestras posibilidades de superación. Somos un pueblo muy semejante, según esa teoría, a los núcleos nómades asiáticos, pueblos que por su misma tradición pastoril, están condenados a ser dominados siempre por caudillos bárbaros, porque de las patas de los caballos (según expresión de uno de esos sociólogos) no puede surgir sino el régulo imperioso³².

A través de su discurso público Betancourt insistió en que la ocurrencia de *la Revolución* desnudaba el despropósito y el equívoco de la tesis positivista que negaba las posibilidades de realización del pueblo venezolano

y que en su lugar defendía la emergencia de un gendarme que garantizara el orden y el progreso de una sociedad díscola. Según Betancourt, un pueblo que hizo una revolución para garantizarse el protagonismo en la conducción de lo público y que eligió la democracia como opción de futuro echó por tierra el juicio de los positivistas:

Nuestro país, ha venido demostrando su capacidad para la vida democrática, y cada vez que ha habido un llamamiento al electorado, a pesar del escepticismo que el inveterado fraude electoral sembró en su ánimo, el electorado ha acudido a depositar su voto en las urnas³³.

En medio de las citas electorales de *la Revolución* Betancourt constantemente enfatizó que la conquista de la democracia, la libertad y la igualdad de todos los venezolanos, expresada en el derecho ciudadano a darse el gobierno deseado, era definitivamente la demostración de la falta de asidero de las tesis positivistas sobre la incapacidad del pueblo venezolano de elegir civilizadamente:

Y su resultado significa [se refiere a las elecciones generales del 27 de octubre de 1946 para escoger a los diputados a la Asamblea Nacional Constituyente] la definitiva derrota de la teoría pseudo-sociológica, forjada por intelectuales al servicio de las autocracias, que conceptuaba al pueblo venezolano como inapto para ejercitar el derecho esencial del ciudadano libre en toda democracia: el de elegir³⁴.

2.7 Pero tal esfuerzo narrativo no fue suficiente. Contrariar aquella tesis y argumentar sobre su invalidez tras el cumplimiento del objetivo revolucionario de convertir en sujetos políticos a todos los venezolanos no desmontaba plenamente la argumentación positivista sobre el tránsito histórico, por lo cual, precisamente a la visión histórica que Vallenilla construyó sobre el devenir venezolano fue necesario contraponer una de la misma naturaleza, haciendo un esfuerzo semántico de mayor calado al de simplemente mostrar los resultados por los que era considerada insustancial.

Entonces Betancourt brindó una ponderación histórica distinta sobre el devenir venezolano, no solamente para objetar su juicio sobre las posibilidades del pueblo de conducirse sin sobresaltos hacia su apoderamiento de lo público, sino también para que bajo el análisis de *nuestro proceso evolutivo*, tal como había sustentado Vallenilla en su tesis, encontrara asidero la teleología republicana hacia la democracia.

Algo que no pudo eludir Betancourt de las evidencias y argumentos usados por aquel ideólogo del gomecismo fue su referencia al origen de las

convulsiones y revueltas que azotaron al país durante el siglo XIX y cuya ocurrencia parecía hasta entonces demostrar dos cosas: la proclividad criolla al caos y a la guerra bajo el pretexto del determinismo geográfico y racial y la necesidad del hombre de presa para soterrar tensiones.

Si bien Betancourt no objetó los recursos contextuales usados por Vallenilla a la hora de tejer la historia colonial e independentista de Venezuela, sí enfrentó la orientación dada a tales juicios. Aceptando las consideraciones de orden histórico, discrepó en torno a los determinismos y a la forma de solución de sus consecuencias y arguyó, en un ejercicio de reinterpretación fundamental de la Independencia y de los años consecuentes de la vida republicana venezolana hasta entonces, que si bien todo aquello habría ocurrido no era producto de una causa natural o biológica que habitaba los genes criollos, sino porque acaso las banderas de la Independencia o se habían alcanzado en una medida sumamente precaria o simplemente no se habían logrado. Para Betancourt la inestabilidad característica de la mayor parte de la historia republicana de Venezuela era consecuencia de una demanda histórica sin solución, de una carencia históricamente continuada y de la negación de posibilidades reales de solución. Tales razones las sintetizó de esta forma:

Pero la Independencia, que nos desligó políticamente de España, fue frustrada como movimiento de emancipación social. [...]

Ahí tienen ustedes una de las primeras grandes contradicciones teóricas de nuestro país, que explica mucho por qué Venezuela haya tenido una historia caracterizada por “el tormento y el drama”. La Revolución de Independencia en su aspecto político se frustró parcialmente, por cuanto se mantuvo la esclavitud medioeval y se estableció constitucionalmente una fórmula de de escogencia del Gobierno representativo vulnerable del principio básico de que la soberanía reside en el pueblo³⁵.

La apreciación de Betancourt en una brevísima exposición pública donde presentó su versión de la historia de Venezuela en el marco del rebatimiento de las tesis de Vallenilla Lanz es un análisis fundamentalmente materialista, en contenido y en el planteamiento de la terminología. Destacan las condiciones *de índole económica y social* como causa de la formación heredada del tiempo colonial y como empuje de la Independencia. Cuando, por ejemplo, se detuvo en un breve comentario sobre la Colonia, subrayó como característicos dos factores: el origen remoto de la propiedad latifundista desde la práctica de la *Encomienda*³⁶ y la constitución de una *estructura social*

muy definida, en cuyo vértice aparece una clase propietaria, minoritaria y privilegiada y luego una ancha base *formada por todos los matices populares*³⁷.

En torno a la formación de *una clase dominante criolla* enfatizó en cómo esta, descendiente de los conquistadores, fue alimentando una *pugna* con el poder metropolitano precisamente *por razones de orden económico y político*, donde sobresale el monopolio peninsular del comercio, las limitaciones para la producción de determinados rubros agrícolas y la altas tasas impositivas con lo cual, para Betancourt, la Independencia *resultó un movimiento pre-determinado por razones indiscutibles de orden económico y social*³⁸. De ahí que sea este criterio —el de condiciones materiales gestadas en el curso de la historia previa a la Emancipación³⁹— y no el de implicaciones de carácter natural y racial con el que Betancourt enfrentó la tesis de Vallenilla sobre la Independencia y el gendarme necesario.

Incluso Betancourt observó determinantes propias de un análisis materialista en la expulsión que sufre Bolívar de Venezuela. Resumió las causas en la conducta de una *oligarquía formada en la retaguardia de la Revolución* que no le perdonó a Bolívar su *trayectoria jacobina*, y el que la Independencia hubiese significado una *modificación en la estructura económica, social y política del país*, de hecho, centró en el carácter agrarista del planteamiento de Bolívar la espina de tal discordia⁴⁰.

En aquella ocasión, el recorrido histórico hecho por Betancourt desde la Independencia hasta su entonces, bajo el comentado análisis materialista y con el propósito de brindar una versión histórica alternativa a la del positivismo, estuvo centrado en la inequidad de la distribución de la tierra, aspecto sobre el cual la Independencia sólo supuso la transferencia de la *gran propiedad territorial de unas pocas manos a otras pocas manos*, retrasando *el proceso deliberación social del pueblo venezolano*⁴¹. De igual forma señaló como otras causales de la negación de la vida republicana el mantenimiento de la esclavitud por unos cuantos lustros después de 1830, sustentado en la restricción de la participación popular, favoreciendo la primacía de los caudillos y los doctos⁴².

Betancourt terminó conteniendo en dos causas la continuidad de las guerras civiles venezolanas durante el siglo XIX: estas se debieron, en primer lugar, a la ausencia de solución de los problemas de fondo planteados en la Independencia y sintetizados en el *descontento permanente en un pueblo preterido, marginado al disfrute de las más elementales ventajas de la vida material y espiritual*. En su opinión, precisamente fue el descontento y la insatisfacción popular lo que puso al pueblo al servicio de los proyectos caudillistas y de la *proclama demagógica*, correspondencia que brindó

tanto éxito al caudillismo y a los *caudillos afortunados*. La otra causa que encontró al fenómeno fue el estímulo visto en precedentes históricos sobre la naturaleza bélica del pueblo venezolano. Intuyo que Betancourt con esta opinión no quiso argüir algún tipo de determinante biológica –de hecho, a una explicación de esa naturaleza se oponía con su nueva visión del proceso separatista– sino más bien referirse, con las intermitencias sentimentales y épicas de la propia hibridación de su pensamiento sobre este problema, a la sostenida disposición guerrera de los criollos, *al sedimento de belicosidad* inscrito en los nacionales desde la Independencia. Es probable que con ello Betancourt estuviese destacando una suerte de herencia más bien cultural que poco se distancia de la exaltación de unos pretendidos valores populares cuya elaboración ha quedado a cargo de los cultores de la historiografía patria⁴³.

2.8 De los muchos elementos desprendidos de la narrativa histórica que Betancourt se esforzó por contraponer a la de Vallenilla, quizá el más relevante y que dio lugar a una más larga apreciación *a posteriori* es la visión de la Independencia como proceso histórico sin solución, como proyecto trunco. Otro aspecto imprescindible está relacionado a los factores específicos de la insatisfacción dejada por la Independencia, entendida por Betancourt como un acto cuya única consecuencia política fue la ruptura con España. Esto derivó en el cuestionamiento del alcance real de los términos contentivos del proyecto, al menos en lo referente a la instauración de la libertad. Para Betancourt la Independencia solucionó exclusivamente un problema ligado a cierta arista de la libertad y que en términos políticos modernos refiere propiamente a la liberación, y en el caso venezolano, particularmente a la liberación de un dominio extranjero. La libertad política, aquella posibilidad de que los sujetos artífices de la revolución emancipadora tomaran su lugar en lo público fue negada en la primera hora y en el transitar entero de la República. Aquí hay evidentemente un ejercicio de presentismo histórico de Betancourt en su evaluación de aquel proceso, pues estaba trasladando al tiempo de la Independencia la concepción de sujeto político que impregnaba su contexto y que en todo caso es la que impone *la Revolución* en su momento. Sin embargo, lo que está de fondo y es indispensable rescatar es el énfasis que puso en la ausencia de solución de la participación popular en la conducción de lo público, es decir, la zona en la que se encuentran sus concepciones de libertad e igualdad.

Lógicamente, al tiempo que el problema de la libertad parece resuelto a medias y bajo una acepción que apunta más bien a la liberación,

para Betancourt, la igual sujeción de los sujetos a la ley tampoco había tenido lugar ni en la formación ni en el transcurso del orden republicano venezolano, con lo cual, el otro aspecto, el problema de la igualdad que es planteado de forma enfática en la Independencia, también se presentaba como un ideal sin solución definitiva. Betancourt observó ambas carencias señalando sobremano la continuidad de una sola restricción: la participación política del pueblo.

3. LA REVOLUCIÓN Y LOS USOS POLÍTICOS DE LA INDEPENDENCIA Y BOLÍVAR

3.1 Las piezas oratorias de Betancourt durante *la Revolución*, evidencian la intención de establecer clarísimas ilaciones entre proyecto revolucionario-democrático y tradición histórica. En el marco del simbolismo patriota e incluso, de la convicción política manifiesta, Rómulo Betancourt reiteró que *la Revolución* logró lo que no fue posible con la Independencia, aquello que definitivamente el proyecto bolivariano no pudo patentar. Este argumento define de forma elocuente el proceso narrativo de apropiación-superación de la gesta y del prócer por parte de *la Revolución*.

El criterio de la situación de demanda histórica irresoluble relacionada a la libertad política y a la igualdad tenía por objeto contrastarlo con el presente y mostrarlo como la hazaña política que finalmente terminaba logrando la esencia republicana. ¿Qué había en el fondo, sin ocultamientos? La idea de que aquella república de papel que no encontró asidero después de la Independencia podía existir gracias a *la Revolución*. Una de las reiteraciones simbólicas de la retórica revolucionaria fue referirse a su tiempo y realizaciones como «la segunda Independencia».

Este uso tiene ciertos matices susceptibles de apreciar en el orden político. Carrera Damas refiere que el culto heroico da cuenta de una necesidad histórica⁴⁴. Atendiendo a esa premisa cabe preguntarse ¿cuál era la necesidad primordial de *la Revolución*? Diría entonces que tuvo tres enteramente consubstanciales: mantener el poder, justificarse-legitimarse y desplegarse. Fue precisamente la necesidad de ofrecer una justificación y aspirar a su legitimación la que encontró en Bolívar y la Independencia los referentes morales de la aventura y las banderas para la exaltación del sentimentalismo épico tan característico en la tradición de nuestros lenguajes políticos. Ahora bien, la justificación no fue absoluta puesto que en política los buenos propósitos se explican y justifican por sí mismos. Lo que resultó imprescindible justificar fue aquello que lucía cuestionable e inaceptable.

Para *la Revolución* no fue esencial la justificación de sus objetivos *per se*, pues este camino, tras un esfuerzo de casi una década, había sido andado por el Partido. Lo ineludible, y para esto ningún criterio parecía superfluo, era justificar el atajo insurreccional, huelga decir, el golpe de Estado y la violencia como medios para imponer una situación revolucionaria. Si bien la apelación a la bondad de los objetivos se encargó de ello, los hombres de *la Revolución* actuaron convencidos de que el establecimiento de una estrecha relación con la solución de las deudas pendientes desde el origen de la nacionalidad era de una enorme utilidad para ganar la opinión popular a su exposición sobre la relación irremediable entre medio de acceso al poder y programa revolucionario.

Hannah Arendt sostiene que algunas revoluciones hacen uso de *las leyendas de liberación*, buscando en ella modelos y no pocas veces justificaciones. La continuidad entre mito y realidad política estaría representada en que las *leyendas* y sus intentos de realización en el presente descansan sobre *una promesa futura de libertad*. Por otra parte, las revoluciones suelen ocurrir en contextos de cruces temporales en torno a sus objetivos. Según Arendt, la novedad aparece cuando las apelaciones a la vuelta de una situación pasada o a la materialización de un mito originario quedan trastocadas e impulsan un escenario totalmente distinto⁴⁵. Esto implica que si bien las revoluciones son apreciadas como cortes radicales de la historia, en la mayor parte de los casos su propósito sea más bien hacerse un lugar en la trama de la sociedad que revolucionan, de ahí que la fuerza de los mitos fundacionales no signifiquen un objetivo a destruir sino un reto de maleabilidad, en cuanto a que para lograr un lugar en la narración, al mismo tiempo en que algo en la trama se rompe ocurre simultáneamente un proceso de adhesión de los objetivos revolucionarios con la historia de la sociedad alterada. En este proceso una hebra esencial para lograr esa adhesión la constituyen los mitos fundacionales, los cuales no son alterados por la revolución sino puestos a su servicio.

Aunque las revoluciones modernas perfilan su marcha hacia la realización positiva del futuro; es decir, miran adelante, en el caso de la experiencia octubrista, la apelación a un proyecto del pasado como inspiración del móvil revolucionario tuvo al menos en el orden justificativo la intención de intervenir la comprensión contextual e histórica sobre el dilema de su propio origen. El argumento pudo ser algo parecido a esta premisa: «aunque el acceso haya sido violento, las realizaciones son positivas, tanto por el valor ético encarnado en la bondad de los principios, como por el carácter de continuidad y solución histórica representadas en las realizaciones: lo hecho por nosotros es lo querido por Bolívar. ¿Quién puede contrariar que pese al

atajo violento tenga finalmente cabida la existencia republicana, haciendo nosotros lo que no pudieron lograr nuestros padres?»

3.2 Precisamente la connotación de ese nosotros revistió una implicación bien particular en el modo cómo *la Revolución* se ubicó frente a la Independencia y al culto bolivariano. Aquí encuentro una importantísima novedad. En el discurso de Betancourt durante el período revolucionario se aprecia la intención de darle al pueblo venezolano una nueva ubicación respecto a aquel fenómeno. Nuestro personaje argüía que la antigua forma del culto basada en la contemplación, la exaltación y la repetición de heroicidades como estribillo, estaba vencida y, aun cuando buscaba filtrarse a través de su aura ejemplarizante e incuestionable, terminaba presentando a los venezolanos como los eternos subordinados a la acción insuperable e irrepetible del pasado:

Somos un pueblo [...] que ya no quiere seguir más en esa actitud contemplativa ante el pasado, quemando incienso ante los retratos de los libertadores y comportándonos como nietos indignos de ellos...⁴⁶

Señalando esa actitud con la que se catalogó directamente a los herederos del gomecismo, *la Revolución* inauguró un nuevo modo de apreciar el presente frente a la gesta fundadora de la República: vivir el pasado irresoluto como acción afirmativa en el presente. La idea apreciada en el discurso público del momento es que los realizadores de ese proyecto se ubicaban en un mismo nivel de gloria que los del pasado, e incluso, unos peldaños más arriba, si acaso termina por reconocerse que a diferencia de lo actuado un siglo atrás, en el presente revolucionario había tenido solución la demanda histórica de libertad e igualdad del pueblo venezolano, por lo cual el suyo sí terminaría siendo un proyecto consumado. Para los hombres de *la Revolución* la gloria estaba sellada entonces en la continuación objetiva del proyecto bolivariano y de ese modo, en la promoción de un verdadero y constructivo hacer, distinto a la inacción de la contemplación heroica promovida por el antiguo régimen.

3.3 Frente a los pendientes de la Independencia, *la Revolución* se justificó a través de una sinonimia con aquella haciendo uso de un discurso que permeó dos órdenes: el político y el económico.

En lo político destaca la conversión en ciudadanos de los venezolanos mayores de dieciocho años, sin distingo de género y condición económica. El lenguaje del Partido estuvo plagado de apelaciones comprensivas que

buscaban promover una lectura de este propósito más allá de la superficialidad del cambio de una condición jurídica. El carácter hiperbólico de esta nueva situación fue expuesto en el discurso público de *la Revolución* como la culminación de un proceso de conquista política iniciado en la Independencia, eludido en la historia republicana y finalmente logrado por obra de sus hombres, y cuya trascendencia radicaba en la fundación definitiva de la libertad y la igualdad política en Venezuela.

A través del discurso ambos tiempos se expresaron de forma correspondiente y consecuente: los actores de AD hablaban de la ejecución de un proyecto revolucionario que, marchando hacia el futuro, requería del pasado para sostener la necesidad de ese presente. Su premisa era alcanzar un orden querido, pero jamás logrado. Las palabras de Betancourt al abrirse el registro electoral preparatorio a la jornada de comicios durante *la Revolución* son especialmente elocuentes en mostrar esta consubstancialidad:

Este 5 de julio de 1946 ha adquirido dimensión propia y extraordinaria. Ha dejado de ser efemérides, día para recordar la iniciación de la gesta pretérita, para ser, él mismo, hito inicial de la nueva historia de Venezuela. Y así, nuestros bisnietos, en una Venezuela poblada de muchos millones de habitantes [...] deletrearán dos fechas en su silabario: 5 de julio de 1811, 5 de julio de 1946.

Satisfechos debemos sentirnos, conciudadanos, de que el azar histórico nos haya permitido, a los hombres y mujeres de la Venezuela de hoy, ser protagonistas de una etapa de la vida nacional singularmente similar a aquella que se inició en el ámbito caraqueño en un 5 de julio del siglo XIX. [...]

La nuestra ha tenido el hermoso, obligador privilegio, de poder realizar los sueños más idealistas y más generosas esperanzas de cuantos, comenzando por Simón Bolívar, vieron transitoriamente fallidos sus empeños de darle fisonomía decorosa y amable a la República. [...]

Realizar lo que otros soñaron y antevieron; trajinar con pasos seguros la ruta que otros desbrozaron, con su áspera labor de muchas décadas, son oportunidades invalorable para una generación.⁴⁷

Una derivación de esa correspondencia entre dos tiempos, pero que a su vez impregnó todo el proyecto revolucionario desde su gestación, fue la argumentación de la misión histórica de quienes se impusieron lograr lo que en su creencia no había sido posible en el pasado. Según esta certeza la trayectoria vital de Venezuela tenía como sentido la democracia y era a ellos –los hombres de *la Revolución*– a quienes correspondía realizar lo postergado desde los años remotos de la lucha independentista.

La proyección pública de este criterio se hizo a partir del estímulo de un sentimentalismo moral y épico, al equiparar el móvil de la Independencia con la fundación de la democracia. Visto así, los hacedores de *la Revolución* creyeron que al sentirse caminando la senda correcta de la vida política venezolana no estaban sino dando luces sobre el comportamiento ejemplar de todo republicano: la demostración de amor a la patria, genuina muestra del republicanismo cívico⁴⁸.

El giro interpretativo de la Independencia que hizo Betancourt a favor de su proyecto, y que terminó ubicando a *la Revolución* como la realización última de lo no logrado por la Emancipación, planteó un doble sentido teleológico que desembocó en el bolivarianismo: primero, «nosotros ejecutamos lo que no pudo terminar Bolívar»; segundo, «lo que quiso y no pudo lograr Bolívar con la Independencia fue la democracia». De este modo *la Revolución* manifestó una conducta acendrada en el pasado y llevada a nuevas dimensiones posteriormente, sumando prácticas a lo que Luis Castro Leiva denominó como *historicismo político bolivariano*, huelga decir: los intentos de los proyectos políticos de solapar su creencia en un sentido infranqueable de la historia venezolana, generando lecturas particulares del proyecto bolivariano cuya apelación siempre reviste un utilitarismo legitimador⁴⁹.

La Revolución y su énfasis narrativo al decir que continuaba y elevaba la obra emancipadora fue en su momento la mejor expresión política del desmontaje de la justificación bolivariana del gomecismo y sus herederos. En ello habían centrado su esfuerzo al mezclar proyecto bolivariano y democracia. Ahora las cosas cambiaban de lugar: de haber sido expuestos como comunistas en el pasado, contrarios a un régimen que se hacía llamar bolivariano y por ende implícitamente tratados como enemigos «de la causa verdadera del Libertador» continuada por sus herederos, *la Revolución* argumentó que eran aquéllos los que resultaban contrarios al verdadero objetivo de la Independencia y a la concreción del proyecto «democratizador» de Bolívar, habiendo negado obstinadamente en el pasado la posibilidad de que el pueblo entrara realmente en la esfera pública. Armados de un lenguaje no carente de intermitencias heroicas, los revolucionarios se dieron a la tarea de vaciar el bolivarianismo gomecista. Diluyeron el encanto romántico de la variante lopecista al señalar la insinceridad bolivariana del pasado y el uso del padre fundador para legitimar la conservación de mecanismos de segregación popular. En paralelo, *la Revolución* también se valió de ciertas manifestaciones de este dispositivo aislacionista en la medida en que sus actores más destacados sostuvieron que quien se opusiese a las realizaciones democráticas emprendidas por el nuevo Gobierno estaba poniéndose

de espaldas al «verdadero espíritu de la Independencia y al sueño de los libertadores»⁵⁰.

Alternativamente a la equiparación de Independencia y *Revolución* en el orden político bajo el argumento de la libertad y la igualdad lograda, este discurso se proyectó a los criterios de orden económico sin mucha distancia de los argumentos esgrimidos para el orden anterior. En ese sentido, la relación Independencia-*Revolución* expresaba la continuidad en una ética nacionalista y antiimperialista que para los revolucionarios tenía origen en la Emancipación. Alcanzar la independencia económica, estrictamente, «la segunda Independencia» como le llamó Betancourt⁵¹, significaba aprovechar con sentido nacional los beneficios y las posibilidades económicas venezolanas evitando favorecer sin las justas compensaciones a los demás países, con lo cual, reclamar un sentido de justicia se convertía en una unánime demanda nacional ante tentativas de dominación imperial a partir de la dependencia económica.

3.4 Otro escenario que *la Revolución* creó y aprovechó para proyectar de manera más firme la relación entre ambas gestas fue el uso del simbolismo patrio con el propósito de legitimar el curso de sus acciones políticas. Las primeras conmemoraciones nacionales que debían ser dirigidas por el Gobierno revolucionario guardaron cierta discreción: actos públicos en el Panteón⁵², cortas notas en la prensa al mejor estilo del romanticismo patrio⁵³, demostraciones frugales y ausencia de discursos pomposos⁵⁴, pero luego nada pareció inocente: varios de los logros y actos significativos del movimiento patentados como objetivos revolucionarios se iniciaron o ejecutaron en fechas de conmemoración patria, escenificando un tributo al pasado y un cuidado ejercicio de legitimación histórica cuya función ya he destacado.

Así, por ejemplo, la apertura del registro electoral para la inscripción masiva de los venezolanos que sufragarían por primera vez en los procesos inmediatos se hizo a través de un acto solemne el 5 de julio de 1946. Ya han sido referidas algunas palabras de Betancourt en la ocasión. Según sugieren las palabras del presidente de la Junta, aquel acto equiparaba en gloria a la gesta de los inicios del decimonono. Resultaba muy importante para el simbolismo legitimador la apelación al pasado, pero al mismo tiempo, el énfasis en la primicia alcanzada: denotar que al mismo tiempo en que se rescataba y continuaba un camino, los objetivos que se iban logrando eran definitivamente superiores a los conquistados en el siglo anterior. El primer venezolano que se inscribe en los nuevos registros es Betancourt y de seguidas, un hombre analfabeta y un ciego escogidos entre los asistentes⁵⁵. La ocasión

también fue propicia para otras celebraciones, hubo para todos: el Museo Bolivariano abrió con gran gala para mostrar sus nuevas donaciones⁵⁶, en la noche fue inaugurado *el obelisco de Altamira*⁵⁷, y Carlos Delgado Chalbaud fue ascendido a teniente coronel⁵⁸.

En julio de 1946, en el marco del 162° aniversario del natalicio de Bolívar, Betancourt hizo una visita oficial a México y a varios países centroamericanos. El principal objetivo de esta jornada fue el de estrechar lazos y dar a conocer en detalle los propósitos de *la Revolución*. Precisamente el día 24, fecha del nacimiento de Bolívar, Betancourt junto con Manuel Ávila Camacho, presidente de México, develó una estatua del prócer caraqueño en la entrada del Parque Chapultepec. Las palabras que en esa ocasión dedicara Betancourt al padre fundador son probablemente la elaboración retórica más precisa que haya ofrecido sobre el Libertador durante el Gobierno revolucionario.

Es inevitable pensar en una expresión recurrente que recoja el mensaje de este discurso. «Bolívar es un farol» podría ser la etiqueta que descifra el panegírico ofrecido en aquel acto. Este mismo significado acaso es uno de los criterios con los que también puede ocurrírseles etiquetar los argumentos del bolívarianismo de López Contreras. Hubo una preocupación en Betancourt por destacar lo que creía vigente de Bolívar y de los próceres en su presente, y por estimular la actuación en consecuencia. Volver los ojos atrás tenía la misión de buscar afanosamente *el rastro perdido, el camino desviado*. A parte de pronunciarse por la necesidad de mantener el culto bolivariano —aunque también de redimensionarlo, en el sentido de no anclarlo únicamente a la exaltación de obras pasadas, sino de reafirmarlo por medio de los actos en el presente—, el recuerdo de Bolívar que rescata Betancourt servía para denostar a los pasados gobernantes quienes se sirvieron de vitorear al prócer para *legitimar dominios y posturas antinacionales*. Este proceder es sumamente interesante, porque al tiempo que se desaprueba un uso particular del bolívarianismo como justificación política se admite otro, el suyo, de ahí que el bolívarianismo revolucionario se instituya —según las palabras de Betancourt— como la manifestación de un culto verdadero y sincero.

Según ese argumento, la mejor forma de rendir culto a Bolívar era seguir su ejemplo, precisamente lo que decían hacer los hombres de *la Revolución*. En México, Betancourt destacó que el movimiento democrático del que formaba parte y cuyo eco se diseminaba por América estaba en sintonía con los propósitos del Libertador. Los significados expresados en el discurso pronunciado en Chapultepec forman parte de lo que Castro Leiva denominó *lenguaje bolivariano de la unión*⁵⁹: para Betancourt la defensa de

los fueros soberanos en el marco del nacionalismo continental, la fe en la unidad latinoamericana, y el ejemplo de la creencia en la democracia como la mejor forma de gobierno y en el pueblo como artífice de ella, no eran únicamente condiciones inmanentes a ese tiempo y a los esfuerzos de las revoluciones y movimientos políticos en marcha dentro de la región, sino también la realización del «sueño de Bolívar»⁶⁰.

Volviendo a la cronología simbólica, de manera alternativa al discurso oral y escrito, durante todo este proceso los íconos fueron dispuestos para reforzar la relación entre *Revolución* y bolivarianismo. No puede pensarse algo distinto cuando la imagen principal que recogieron los periódicos el día siguiente de la celebración del primer aniversario de *la Revolución*, el 18 de octubre de 1946, muestran que la tribuna central frente a la cual desfilarían civiles y militares en la Plaza Urdaneta de El Silencio estaba coronada por una inmensa imagen del busto de Bolívar que ocupaba la extensión de varios pisos de uno de los bloques de estos célebres edificios. La imagen central publicada por *El País* el día 19 es la captura de Betancourt dando su discurso y a sus espaldas la fotografía de la efigie⁶¹. Era la imagen de una revolución bolivariana.

La instalación de la Asamblea Nacional Constituyente cuyos representantes fueron escogidos el 26 de octubre de 1946 se hizo coincidir con el 116° aniversario de la muerte de Bolívar, el 17 de diciembre de 1946; mientras que la sanción de la Constitución coincidiría con la celebración del 136° aniversario de la Independencia, el 5 de julio de 1947. El mensaje simbólico que quiso emitirse no requiere mayores explicaciones: ambas independencias se habían logrado un mismo día. En esta ocasión el simbolismo épico adquiere muestras notabilísimas: si bien habla por sí solo el hecho de hacer coincidir deliberadamente las fechas de ambos actos, durante la sesión solemne de promulgación Betancourt firma el ejecútese de la Constitución –la única de nuestra tradición cuyo ejemplar original fue encuadernado en blanco, el color de AD– en el Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo, frente al arca que contiene el acta declaratoria de la Independencia, y equipara esa evidencia dejada por los fundadores a la Carta Magna recién nacida:

Dos momentos de emocionante solemnidad y de singular proyección histórica hemos vivido los venezolanos en esta mañana del 5 de julio de 1947. Aludo a la firma por los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente de la Constitución Democrática, que elaboró ese organismo deliberante nacido de la directa voluntad del pueblo; y el “ejecútese” de la Carta Fundamental

que acabamos de estamparle los personeros del Poder Ejecutivo, aquí, en este sitio sagrado al patriotismo, frente al arca abierta, donde la devoción nacional conserva el acta original de nuestra primera Independencia.⁶²

El bolivarianismo revolucionario saltó de la retórica y el simbolismo público a la cotidianidad del hacer político con el propósito de obtener beneficios nacionales bajo el patrocinio del Gobierno. A contracorriente de lo que ha llegado a pensarse sobre una suerte de ánimo revolucionario adverso a los Estados Unidos, desde el Gobierno de *la Revolución* se aupó el establecimiento de la mayor cercanía posible entre Miraflores y la Casa Blanca⁶³. Entre 1946 y 1947 Betancourt ordenó discretamente a la embajada de Venezuela en Washington hacer los sondeos diplomáticos necesarios para plantear la posibilidad de que el presidente Harry S. Truman visitara Venezuela. La operación, según refería el embajador, era compleja, pero para 1947 se adelantaron labores al respecto que contemplaron ganar a la idea a algunos edecanes de Truman a través del otorgamiento de méritos y condecoraciones. Una carta dirigida a Betancourt por Marcos Falcón, embajador de Venezuela en Estados Unidos, pone de relieve que era un objetivo de primer orden en el plano diplomático de *la Revolución* estar lo más cerca posible y bajo el mejor ánimo de los Estados Unidos. Por su elocuencia en el uso del bolivarianismo como excusa para tal propósito rescató algunos fragmentos de la misiva:

Tú sabes que el General Harry Vaughan, quien es el Edecán [sic] del Presidente Truman y su amigo personal de muchos años, tiene mucha simpatía por Venezuela y sobre todo por Bolívar. El fué [sic] el de la idea del busto en la Casa Blanca. Me pareció lo más práctico hablar con el amigo General Vaughan. Hoy almorzamos juntos. Le abordé el asunto en forma más natural y me dijo que con el mayor gusto hablaría con el Presidente. (...) Para terminar: Cuando yo estuve en Caracas te hablé a ti y al doctor Morales que al Presidente Truman le gustaría tener la Orden del Libertador y lo mismo al General Vaughan. Esto me lo había dicho John Crane, a quien te había mencionado en correspondencia anterior. Yo le había dicho a este que debíamos averiguar si el Presidente puede recibir condecoraciones. La explicación sobre este particular me la dió, [sic] espontáneamente, el General Vaughan: El Presidente puede recibir durante su gestión una condecoración, pero tiene que dejarla en depósito en el Departamento de Estado hasta que termine el período. En cuanto al General Vaughan, me dijo él mismo, “Yo sí puedo usarla”. Yo creo, Rómulo, que esto debemos hacerlo. Todo el mundo vería muy bien que Truman, gran bolivariano, tuviera esta condecoración

nuestra. Y también Vaughan. Esto conviene hacerlo pronto, pues nos acercaría más a esta gente de la White House⁶⁴.

Otra intento revolucionario de ponerse a la altura de una arista del proyecto bolivariano, específicamente la concerniente a la soberanía latinoamericana y a la erradicación de los dominios coloniales en la región, fue la propuesta hecha al Gobierno de ofrecer dinero a Holanda e Inglaterra por la compra de las Antillas Holandesas y Trinidad, aprovechándose de la situación de carestía económica en aquellos países europeos después de la guerra, con lo cual, una atractiva oferta criolla al respecto sería difícil eludir⁶⁵. Tras unas cuantiosas muestras de continuidad entre los deseos de Bolívar y el hacer revolucionario, esta propuesta, además de inobjetable era un importantísimo punto adicional que sumaría *la Revolución* en su idea de completar la Independencia. Obviamente, aquello no se concretó, tampoco hubo noticias de avance al respecto en el resto del período revolucionario, pero la intención puso en evidencia ese collage en los actos políticos entre las acciones de un tiempo y sus intentos por solucionar los pendientes del pasado.

4. CONSIDERACIÓN FINAL

La Revolución de octubre de 1945 no eludió el culto bolivariano. Tampoco dio muestras de querer hacerlo. Por el contrario, su uso fue considerado de alta utilidad política, especialmente en lo atinente a la función legitimadora que para ciertos proyectos cumple la historia.

El culto bolivariano durante *la Revolución* constituyó la primera apropiación exitosa de signo político que hará un proyecto de izquierda en la Venezuela del siglo XX sobre un imaginario que hasta entonces había sido de reserva para el gomecismo y sus herederos; sin embargo, ese proceso de apropiación tenía sus raíces en el propio régimen superado. De esos momentos es destacable la labor de Betancourt por presentar públicamente la oposición entre su Bolívar y la figura creada por los dominios políticos con el objeto de legitimarse, situación que no sólo revistió una contraposición ética sino la pugna por delimitar una suerte de «verdadera personalidad histórica» del Libertador. Por otro lado, el uso que Betancourt dio a sendos heraldos estuvo determinado por su propósito de separarse de la retórica oficial al respecto y por aprovechar toda la fuente de beneficios que a partir de la apelación al acto fundacional de la nacionalidad podían concurrir en soldar el apoyo popular a su proyecto que desde finales de la década de

los treinta se definía como nacionalista, antiimperialista, revolucionario y democrático. El objetivo posterior fue la consubstanciación de esos cuatro aspectos definitorios del proyecto de un sector de izquierda representado por el PDN y luego por AD con lo entendido como proyecto bolivariano.

La tarea empezó planteando una visión renovadora de la Independencia y del proceso histórico venezolano posterior, al tiempo que denostaba la de los positivistas cuyos argumentos habían derivado en la afirmación de la tesis del gendarme necesario, en el uso de Bolívar como su exponente y en la negación de las posibilidades democráticas del pueblo venezolano. Según lo expuesto por Betancourt al respecto, la proclividad a la guerra y al dominio de los caudillos no fue sino resultado de una insatisfacción histórica, de los problemas de fondo planteados por la Independencia que habían quedado sin solución a lo largo de toda la historia republicana. La libertad y la igualdad eran las principales deudas de aquella gesta y, según Betancourt, ningún proyecto político posterior consideró sinceramente instaurarlas. Como esos habían sido los propósitos de aquel movimiento frustrado y precisamente los objetivos de ese proyecto de izquierda apuntaban a la realización final de aquellos, pues el eslabón narrativo parecía claramente construido: *la Revolución* que entregó el poder a AD no se imponía otra cosa sino hacer justicia con la Independencia inacabada. Al final sus actores dirían haberla completado.

A través del discurso político de Betancourt durante el período fueron equiparados los deseos de dos tiempos remotos: las aspiraciones y lo alcanzado por la Independencia con los objetivos y logros de *la Revolución* denominada como «la segunda Independencia». Esta mirada en dos direcciones reconocía lo heroico de lo antes hecho asumiendo al pesado en paridad gloriosa con el presente. El uso «segunda Independencia» para nombrar el tiempo revolucionario implicó a su vez un matiz de orden político, correspondiente a la fundación de la libertad y la igualdad política, y otro de orden económico, expresado en la intención de superar las barreras de dependencia económica frente al extranjero, lo que revestía una lucha *sui generis* contra el imperialismo.

La reiteración de Betancourt sobre el carácter continuador de la Independencia por parte de *la Revolución* descansó en una lectura manida y atemporal de la Emancipación: según el discurso oficial del tiempo revolucionario completar la Independencia significaba lograr la democracia. Así, sintiendo al final del proceso que justamente ese objetivo se había trazado y cumplido gracias a *la Revolución*, el esfuerzo de los próceres del pasado, y con propiedad el de Bolívar, había sido reivindicado.

Con esto se invertían los papeles en cuanto al señalamiento de la naturaleza de un culto fundado sobre argumentos contrapuestos: AD en el poder acusó a los sobrevivientes del viejo régimen de haber usurpado el pensamiento bolivariano y de representar una verdadera oposición al mismo, ya que el proyecto originario apuntaba a la democracia que ellos habían negado.

La contigüidad entre los dos tiempos se apoyó en nuevas lecturas sobre la gesta emancipadora hechas a través de un nuevo discurso oficial, que al tiempo de ser aprovechado como oportunidad para criticar los viejos usos, se sirvió de la sensibilidad colectiva que a propósito aquellos despertaron. Esta equiparación igualmente se hizo a partir de la promoción de las coincidencias históricas entre hitos del pasado y logros revolucionarios en el presente, y también, a través de la iconografía que perseguía plantear la presencia validadora de Bolívar en lo andado por los hombres *de la Revolución*.

N° 45

REVISTA DE HISTORIA. Año 23, Enero-Junio, 2018

NOTAS

- 1 Este trabajo es producto del Proyecto DID-USB: S1-IN-CSH-005-16 aprobado por la Universidad Simón Bolívar, Venezuela.
- 2 Licenciado en Historia (Universidad de Los Andes, Venezuela, 2008) y Magister en Ciencia Política (Universidad Simón Bolívar, Venezuela, 2013). Profesor e investigador adscrito al Departamento de Ciencias Sociales y al Instituto de Investigaciones Históricas *Bolivarium* de la Universidad Simón Bolívar. Investigador del Centro de Estudios Políticos de la Universidad Católica Andrés Bello, Venezuela. Email: socratesjramirez@usb.ve
- 3 Luis Castro Leiva, *De la patria boba a la teología bolivariana*. Caracas, Monte Ávila, 1991.
- 4 *Ibidem*, p. 128.
- 5 Por economía del lenguaje, por correspondencia con un uso de aquel contexto lingüístico y por diferenciar ese momento de otros catalogados precisa o generalmente de la misma forma, en adelante me referiré a la Revolución de octubre de 1945 como *la Revolución*.
- 6 Castro Leiva señaló que en la historia venezolana esa *aspiración político-moral transformadora* se ha manifestado con la nominación de «revolución». En lo concerniente al bolivarianismo, estas han puesto de relieve dos características: la enunciación de un proyecto nacional inspirado en Bolívar y, consecuentemente, la demarcación de un nuevo rumbo de la historia política nacional que descansa en la intencionalidad de la lectura hecha en torno a su pensamiento. Véase *De la patria boba a la teología bolivariana*.
- 7 Tomás Straka, *La épica del desencanto*. Caracas, Alfa, 2009, p. 173.

- 8 Arturo Sosa Abascal, Estudio introductorio a *La Segunda Independencia de Venezuela (Compilación de la columna «Economía y Finanzas» del diario Ahora, 1937-1939)*. Tomo I: 1937. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1992, p. 68.
- 9 *Idem*.
- 10 Ello y lo expuesto *supra* plantea el modo como el bolívarianismo de López se corresponde a lo que Carrera Damas denominó como las tres líneas fundamentales que componen la necesidad del culto bolivariano, a saber: «... *al convertirlo en factor de unidad nacional, como reivindicación del principio del orden; en factor de gobierno, como manadero de inspiración política; y en factor de superación nacional, como religión de la perfección moral y cívica del pueblo*». Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar*. 5 ed. Caracas, Alfadil, 2003, p. 44.
- 11 Elías Pino Iturrieta, *El divino Bolívar*. 3 ed. Caracas, Alfadil, 2006, p. 139.
- 12 *Ibidem*, p. 140 y ss.
- 13 Tomás Straka, *ob. cit.* p. 174. El Capítulo V del citado trabajo de Straka está dedicado al estudio de las implicaciones del bolívarianismo de López como doctrina fundamental del Ejército venezolano. Su tesis es que a través de la confusión de los términos Bolívar-Patria en uno solo, el *bolívarianismo* le permitió a la Fuerza Armada pasar de la concepción de custodios de la patria a creer en su derecho de administrarla. La sintetiza así: «*El ejército Libertador hizo la Patria; su heredero por lo tanto debe continuar haciéndola*». Véase esta nota en: p. 175 y todo el trabajo entre pp. 173-202.
- 14 Elías Pino Iturrieta, *ob. cit.*, p. 138.
- 15 *Ibidem*, p. 146.
- 16 Carrera Damas sostiene que el culto a Bolívar entraña la oposición de *los principios básicos de la moral cristiana*: el bien y el mal. Dentro del culto el Libertador representa el bien y todo *lo que empañe su brillo* es su antítesis. Esta conducta oficial se deriva de una forma particular ya gestada en el fragor del culto; sin embargo, genera otras particularidades: la representación del bien en Bolívar tiene la facultad de salir de él y proyectarse a los sacerdotes del culto y a sus maneras. *Ob. cit.*, p. 40.
- 17 Arturo Sosa Abascal, Estudio introductorio a *La Segunda Independencia de Venezuela*, p. 68.
- 18 Carrera Damas sostiene que brindar una versión real de la figura histórica de Bolívar no es precisamente su objetivo, pero reconoce que esa es una de las tensiones y distancias fundamentales existentes entre la imagen del Libertador brindada por la historiografía apologética y la del Bolívar perteneciente a la realidad histórica. *Ob. cit.*, pp. 78-79.
- 19 He llegado a estas notas a través del trabajo de Straka quien cita ampliamente la transcripción de esa participación radial comparativa hecha por Betancourt en 1931. *Ob. cit.*, pp. 74-75.
- 20 *Ibidem*, p. 76.

- 21 «[La Independencia] *fué* [sic] *posible por la acción subjetiva, humana, dinámica, de estupenda hornada de hombres que para aquella época no había tramontado la treintena de años, y la cual tuvo su más calificado representante en Simón Bolívar*». «Conferencia dictada por Rómulo Betancourt en el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas, al iniciarse el Programa de Extensión Cultural del Curso de Alfabetización de Adultos». Caracas, 29 de diciembre de 1945. En: Rómulo Betancourt, *Antología Política Volumen Cuatro 1945-1948*. (Naudy Suárez, comp.). Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2006, p. 142.
- 22 Tomás Straka: *ob. cit.*, pp. 62, 64, 66 y ss.
- 23 *Ibidem*, p. 92.
- 24 Straka ubica la obra *Hacia la democracia* de Carlos Irazábal como el primer intento monográfico del marxismo al respecto. *Ibidem*. p. 79 y ss.
- 25 Si deslindar a Bolívar de la tradición autocrática fue un esfuerzo iniciado por los primeros marxistas en los albores de los años treinta del siglo XX, desmontar el «vallenillismo», sobre todo al Bolívar cesarista que de ahí surgía, fue otro aspecto inmediatamente consecuente. *Ibidem*, p. 65.
- 26 Sobre el proceso de deslinde ideológico de los grupos integrantes del llamado *Partido Democrático Nacional Unitario* (PDN-UN), véase Arturo Sosa Abascal, *Rómulo Betancourt y el Partido del Pueblo (1937-1941)*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995.
- 27 Sócrates Ramírez, *Decir una Revolución: Rómulo Betancourt y la peripecia octubrista*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Fundación Bancaribe para la Ciencia y la Cultura, 2014, pp. 248-249.
- 28 Sobre esta conferencia véase Manuel Caballero, *Por qué no soy bolivariano*. Caracas, Alfa, 2006, pp. 178-199.
- 29 Específicamente en el capítulo «Bolivarianismo, socialismo y democracia. Del antipositivismo a la “ideología de reemplazo”», contenido en el trabajo de Straka ya ampliamente referido, uno de los argumentos que sostiene el autor es que fue precisamente el positivismo quien atacó con sus juicios sobre la Independencia las «verdades» puestas de relieve por la historiografía tradicional. La distancia que de forma meridana se aprecia entre ellas es la contraposición del carácter de guerra como confrontación social –manifiesta por el positivismo– y no como una gran epopeya por la libertad, apreciación típica de la historia patria. Empero, esta contradicción fue fundamentalmente apreciada en los círculos intelectuales y dio pie al posterior análisis marxista en lo concerniente a la connotación socio-económica del conflicto. *Ob. cit.*, p. 78.
- 30 «Discurso de Rómulo Betancourt pronunciado en México el día 24 de julio de 1946, con motivo de hacer entrega de una estatua del Libertador que Venezuela donó a la nación azteca». En: Rómulo Betancourt, *Trayectoria democrática de una revolución*. Caracas, Imprenta Nacional, 1948, pp. 397-399.
- 31 «Discurso de Rómulo Betancourt a nombre de la Junta Revolucionaria de Gobierno ante la Asamblea Nacional Constituyente el 20 de enero de 1947».

- En: Rómulo Betancourt, *Selección de escritos políticos*. (Naudy Suárez, comp.). Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2006, p. 207.
- 32 «Conferencia dictada por Rómulo Betancourt en el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas...» En: Rómulo Betancourt, *Antología Política Volumen Cuatro 1945-1948*, pp. 139-140.
- 33 *Ibidem*, p. 145.
- 34 «Discurso de Rómulo Betancourt a nombre de la Junta Revolucionaria de Gobierno ante la Asamblea Nacional Constituyente el 20 de enero de 1947». En: Rómulo Betancourt, *Selección de escritos políticos*, p. 215.
- 35 «Conferencia dictada por Rómulo Betancourt en el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas...» En: Rómulo Betancourt, *Antología Política Volumen Cuatro 1945-1948*, pp. 142-143.
- 36 Esto dijo Betancourt al respecto: «*José Vasconcelos ha recordado la forma como se creó la propiedad territorial en nuestros países: se le daba a los Encomenderos "tierra hasta donde alcanzaba la vista". En esta forma, la propiedad territorial nació en nuestros países sobre bases latifundistas, de acaparamiento de grandes porciones de tierra en muy pocas manos; y nació también nuestra economía sobre la base del trabajo esclavo*». Véase «Conferencia dictada por Rómulo Betancourt en el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas...» En: Rómulo Betancourt, *Antología Política Volumen Cuatro 1945-1948*, p. 141.
- 37 *Idem*.
- 38 *Ibidem*, pp. 141-142.
- 39 A propósito, dijo Betancourt: «*La Revolución de Independencia estuvo condicionada por hechos y fenómenos históricos anteriores a ella...*» *Ibidem*, p. 142.
- 40 *Idem*.
- 41 *Ibidem*, p. 43.
- 42 Comentó Betancourt: «*Y entonces nos encontramos con que una república teóricamente liberal y democrática, no es sino en 1856 cuando se liberan los esclavos, y Venezuela mostró por un largo período el fenómeno de parecerse más a una república esclavista a la manera de la Grecia aristocrática que a una república moderna, saturada del élan [sic] de las Revoluciones americanas y francesa*». Más adelante, en el mismo discurso: «*Eso no fue capaz de hacerlo la oligarquía, y entonces nos encontramos nosotros, al comienzo de nuestra historia, con esta situación: una república de filósofos y teorizantes con una escasa sensibilidad social, que conceptuaban perfectamente conciliable la existencia de una república jurídicamente centrofederal, representativa y responsable, con el mantenimiento de la esclavitud*». *Ibidem*, pp. 143-144.
- 43 *Ibidem*, p. 144.
- 44 Germán Carrera Damas, *ob. cit.*, p. 42.
- 45 Hannah Arendt, *Sobre la revolución*. Madrid, Alianza, 2006, pp. 281 y 36-37, respectivamente.

Margarita López Maya glosando a Brysk Alyson, recuerda que el simbolismo que subyace en usos históricos es igualmente fundamental para el despliegue de un liderazgo carismático, a propósito sostiene: «*El carismático sabe que símbolos exitosos son aquellos que cuentan con un precedente histórico y los utiliza para ir al cambio político creando una realidad alternativa*». Véase: *El ocaso del chavismo. Venezuela 2005-2015*. Caracas, Alfa, 2016, p. 32.

- 46 «Conferencia dictada por Rómulo Betancourt en el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas...» En: Rómulo Betancourt, *Antología Política Volumen Cuatro 1945-1948*, p. 145.

Por su parte, Pino Iturrieta ha destacado cómo este argumento ya había venido cobrando fuerza gracias a ciertos intelectuales al inicio de la década de los cuarenta del siglo XX. Alude con propiedad a Mario Briceño Iragorry quien se refirió precisamente a este aspecto en la conferencia pronunciada en la inauguración del Instituto Libre de Cultura Popular en septiembre de 1942. Rescato del análisis de Pino Iturrieta lo siguiente: «*Comienza la disertación insistiendo en la devoción de los venezolanos por el pasado, especialmente por la épica de la Independencia, un vínculo que lo llena de admiración, pero que también lo conduce a proclamar el mal que ha producido [...] En lugar de resortes para la acción de las generaciones posteriores, la Independencia y Bolívar devienen excusas para la inacción*». *Ob. cit.*, pp. 148-149.

- 47 «Discurso pronunciado por Rómulo Betancourt el 5 de julio de 1946...» En: Rómulo Betancourt, *Antología Política Volumen Cuatro 1945-1948*, p. 237.
- 48 Luis Castro Leiva, *Ese octubre nuestro de todos los días*. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 1996, pp. 53-54.
- 49 Luis Castro Leiva, *De la patria boba a la teología bolivariana*, pp. 157-188.
- 50 «Discurso pronunciado por Rómulo Betancourt el 5 de julio de 1946...» En: Rómulo Betancourt, *Antología Política Volumen Cuatro 1945-1948*, p. 237.
- 51 Las referencias al respecto son muchas. Puede apreciarse por ejemplo la contenida en su obra máxima: Rómulo Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*. 2 ed. Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2006, p. 270.
- 52 La primera celebración patria que corresponde en el tiempo revolucionario es el 115° aniversario de la muerte del Libertador, el 17 de diciembre de 1945, cuando *la Revolución* apenas se aproximaba a su segundo mes de vida. La Junta estaba ocupada haciendo giras por el país y cabe la duda –a falta de la precisión periodística– si Betancourt estuvo presente en los actos o no. Pocos días atrás, varios miembros del Gobierno incluyéndolo a él estaban en el estado Táchira.
- 53 Una oda a los últimos días del Libertador es publicada para la fecha en *El País*, véase Pedro Rimalés, «El XVII de diciembre». *El País*. Año II. Nro. 697. Caracas, lunes 17 de diciembre de 1945, p. 9, sección «Fechas».
- 54 A parte de las escenificaciones en el Panteón Nacional, durante la conmoración de la muerte de Bolívar tuvo lugar un sencillo acto de regalo de libros a los militares con el fin de abrir diversas bibliotecas en los cuarteles. Durante los

- días previos a esta fecha, se hizo una campaña en prensa a propósito de recoger ejemplares entre la población. Así rezaba una publicidad en el oficioso *El País*: «17 de diciembre de 1945. El 115° aniversario de la muerte del Libertador Simón Bolívar será conmemorado con un acto magnífico y solemne dentro de su sencillez: El pueblo en masa regalará libros a sus soldados». En: Publicidad, *El País*. Año II. Nro. 697. Caracas, lunes 17 de diciembre de 1945, p. 12.
- 55 «Por la estructuración de la nueva etapa política se inicia hoy el proceso de inscripción electoral». *El País*. Año III. Nro. 890. Caracas, viernes 5 de julio de 1946, p. 11.
- 56 Destacan según nota de prensa: la Espada y El Sol del Perú, un rifle en su estuche de madera que fue propiedad del general José Antonio Páez y dos cuadros al óleo pintados el año de 1865 por Carlos Willet, uno del referido general Páez y otro del general Rafael Urdaneta que se encontraba en Miraflores y fueron enviados por la Junta Revolucionaria de Gobierno. Un cuadro que contiene la medalla conmemorativa de la inauguración de la estatua del Libertador erigida bajo la Presidencia del general Guzmán Blanco enviada por el ministerio de Educación Nacional. Un ejemplar de la obra «Urdaneta y el Zulia», donación de la Institución Zuliana, véase «El Museo Bolivariano exhibirá nuevas donaciones hoy». *El País*. Año III. Nro. 890. Caracas, viernes 5 de julio de 1946, p. 1.
- 57 Publicidad. *El País*. Año III. Nro. 890. Caracas, viernes 5 de julio de 1946, p. 3.
- 58 «Ascendido a Teniente-coronel el Mayor Carlos Delgado Chalbaud por Decreto de la Junta Revolucionaria de Gobierno». *El País*. Año III. Nro. 890. Caracas, viernes 5 de julio de 1946. p. 1.
- 59 La expresión pertenece a Castro Leiva, específicamente en el ensayo: «El historicismo político bolivariano», dentro del libro *De la patria boba a la teología bolivariana*, ampliamente referido.
- 60 Sobre lo dicho, véase «Discurso de Rómulo Betancourt pronunciado en México el día 24 de julio de 1946, con motivo de hacer entrega de una estatua del Libertador que Venezuela donó a la nación azteca». En: Rómulo Betancourt, *Trayectoria democrática de una revolución*, pp. 397-399.
- 61 «Pueblo de Caracas celebró ayer el primer aniversario de la Revolución». *El País*. Año III. Nro. 996. Caracas, sábado 19 de octubre de 1946, p. 1.
- 62 «Discurso pronunciado por Rómulo Betancourt el 5 de julio de 1947, en acto de promulgación de la nueva Constitución Nacional». En: Rómulo Betancourt, *Antología Política Volumen Cuatro 1945-1948*, p. 326.
- 63 Sócrates Ramírez, *Rómulo Betancourt y la Revolución de octubre de 1945: la significación del uso revolución*. Trabajo de Grado presentado ante la Universidad Simón Bolívar para optar al diploma de Magíster en Ciencia Política. Sartenejas, 2013, p. 193 y ss.
- 64 Carta de Marcos Falcón, embajador de Venezuela en Estados Unidos a Rómulo Betancourt. Washington, 11 de febrero de 1947. Archivo de Rómulo Betancourt (ARB). T. VI-F, 610.

- 65 Carta de Constantine E. McGuire a Rómulo Betancourt. Washington, 12 de marzo de 1947. ARB. T. VI-F, 627.



N° 45

REVISTA DE HISTORIA. Año 23, Enero-Junio, 2018 ●